

Semblanza académica

Pablo Blanco

*Facultad de Teología
Universidad de Navarra*

Constituye para mí un honor poder intervenir en este acto *in memoriam* del profesor José Ramón Villar, con quien pude colaborar en diversos proyectos y de quien recibí orientación y ayuda para mi propio trabajo. Me siento continuador de este trabajo en el ámbito del ecumenismo, no solo en sentido académico sino también por haber tomado el relevo como consultor de la Subcomisión episcopal de relaciones interconfesionales y diálogo interreligioso, integrada ahora a la Comisión doctrinal de la Conferencia Episcopal Española.

Mi propósito es presentar ante ustedes una semblanza, necesariamente breve, del profesor, del investigador y del autor que fue José Ramón Villar. Naturalmente, eso solo es posible si prestamos suficiente atención a la persona misma de José Ramón que era la que sustentaba todo lo demás.

La figura del profesor Villar tenía unos rasgos muy marcados. Esto, que se puede afirmar de cada

persona para referirse a su identidad, en el caso de José Ramón se percibía pronto y con claridad. Era en primer lugar, aragonés, aunque con una raíz castellana por parte de su madre. Había nacido en La Almunia de Doña Godina, provincia de Zaragoza, el 7 de junio de 1958, en el seno de una familia formada por sus padres Francisco y María Pilar, y sus cuatro hijos. «Como era el hermano pequeño, era el mimo de mi madre», recuerda su hermana Mamen, que añade que era «buen estudiante, muy obediente, muy *buenecico*».

El carácter aragonés-castellano se mostraba en la forma directa y tenaz de encarar las tareas y de afrontar las dificultades. Una de sus expresiones frecuentes era: «es mejor ponerse una vez rojo que ciento amarillo», con lo que quería indicar que había que afrontar con decisión y sin tardanza lo que se debía hacer. Al mismo tiempo, a pesar de no ser muy efusivo (tal vez por influjo de la “austeridad castellana”, como dice su hermana) tenía un especial don para establecer relaciones cordiales, tanto con colegas como con personas con las que había coincidido por diversos motivos. Así se entiende que fuera invitado por obispos y otras autoridades académicas a dar conferencias y a colaborar con iniciativas a las que aportaba su saber y su buen hacer. Personalmente he podido comprobar el aprecio que se le tenía, en Añastro, la sede de la Conferencia Episcopal Española, pues, mientras estuvo enfermo,

lo primero que hacían era preguntar por él y por su estado de salud.

Mientras realizaba la licenciatura en Derecho en la Universidad de Zaragoza, José Ramón se incorporó al Opus Dei, colaborando muy pronto con la labor apostólica del Colegio Mayor Miraflores, del que fue secretario. Tras realizar los estudios eclesiásticos recibió la ordenación sacerdotal el 15 de agosto de 1986, incorporándose al presbiterio de la Prelatura. También realizó los estudios de posgrado en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, en la que obtuvo la licenciatura y el doctorado. El profesor Pedro Rodríguez, quien considera a José Ramón Villar como «el mejor alumno que he tenido en mi vida», dirigió su tesis doctoral y lo invitó a incorporarse al entonces Departamento de Eclesiología y Sacramentos. Su tesis doctoral *Teología de la Iglesia particular: el tema en la literatura de lengua francesa hasta el Concilio Vaticano II* fue publicada en 1989. Además, desde sus comienzos, se interesó por la eclesiología de la Escuela de Tubinga y especialmente de Johann Adam Möhler, sobre el que trabajó y del que nos dejó la edición española—colaborando con Pedro Rodríguez— de sus obras *La unidad en la Iglesia* y *la Simbólica*. Tras los primeros años de docencia en Pamplona, José Ramón Villar dedicó un año a ampliar su preparación en la *Ludwig-Maximilians Universität* de Múnich. Desde entonces, la atención puesta a lo que sucedía en la Europa de

habla alemana fue una constante de su trabajo. De ese tiempo, guardaba un emocionado recuerdo, y su hermana recuerda que decía que «todos los españoles tendrían que pasar un tiempo en Alemania».

De vuelta en Pamplona, el profesor Villar se hizo cargo de la docencia de la eclesiología y el ecumenismo, junto con el profesor Pedro Rodríguez. Además, desempeñó diversos cargos como miembro del consejo de redacción y subdirector de *Scripta Theologica*, (1994-2002), director de investigación (2001-2004), y decano de la Facultad de Teología (2004-2010). Tras dejar el decanato después de dos periodos, fue nombrado director del Departamento de Teología Sistemática (2011-2017), y así mismo colaboró como miembro del comité científico de varias revistas, como *Annales Theologici* (Roma, Italia), *Orezunturi teologice* (Oradea, Rumanía), *Teologia i Czlowiek* (Torun, Polonia) y *Teologia w Polsce* (de Lublin, Polonia).

En 2004, el profesor Villar fue nombrado decano de la Facultad de teología. Los seis años de su decanato corrieron paralelos a los primeros años del pontificado de Benedicto XVI, elegido sucesor de Pedro en 2005. Esta coincidencia tenía un valor simbólico ya que a un Papa alemán correspondía en nuestra Facultad un decano que había experimentado una notable influencia del espíritu de trabajo y del modo de quienes pueblan «las frías brumas del norte», como

le gustaba decir con cierto énfasis al referirse a las latitudes germánicas.

Durante su decanato, José Ramón tuvo que afrontar la jubilación de nada menos que siete profesores. Dos de ellos –José Morales (2005) y Lucas F. Mateo Seco (2006)– habían estado en el comienzo de la Facultad, y eran los dos últimos representantes de aquella primera generación de jóvenes doctores que, en 1967, emprendieron con decisión la tarea de construir una Facultad de Teología. A ellos siguieron los de los profesores Enrique de la Lama (2006), Elisabeth Reinhardt (2007), Elisa Luque (2008), Primitivo Tineo (2008) y Santiago Ausín (2009). Siete bajas importantes que, en parte, se compensaron con la contratación, esos años, de seis profesores, la mayoría de los cuales ya venían trabajando en la Facultad desde tiempo atrás, aunque pronto se fueron incorporando profesores jóvenes.

Proyectos especialmente queridos por el decano Villar fueron la renovación de los estudios de Teología de las Facultades civiles de la Universidad de Navarra y el proyecto de edición de los comentarios bíblicos de Santo Tomás de Aquino, en colaboración con la Universidad de Torun.

Una actividad del profesor Villar que debe ser destacada es la de director de residencias en las que se alojan sacerdotes alumnos de las facultades eclesiásticas de la universidad. Primero como director del

Colegio Mayor de Humanidades, en Iturrama, y posteriormente del Colegio Mayor Echalar I, en Azpilagaña, José Ramón se dedicó con generosidad y empeño a proporcionar las condiciones adecuadas para que los sacerdotes estudiantes pudieran desarrollar su vida sacerdotal a través del empeño académico, en un ambiente familiar y propicio para el estudio y para la vida sacerdotal. Pudo así aplicar en la práctica su reflexión teológica sobre el ministerio sacerdotal.

No puedo pasar por alto el modo de trabajar del profesor Villar. Fue siempre tenaz, concienzudo y profundo. Frente al ordenador, afrontaba de manera decidida las tareas que emprendía o que se le encomendaban. Pedir algo al profesor Villar daba la seguridad de que estaría hecho pronto y muy bien, según dicen voces autorizadas. Era conocido entre los profesores de la facultad que el profesor Villar tenía siempre actualizada hasta la publicación más reciente la bibliografía sobre los diversos aspectos de la teología, y especialmente del ámbito eclesiológico. Por descender a un detalle concreto, uno se queda admirado, por ejemplo, del impresionante complemento bibliográfico de autores y obras de nuestro país que incorporó a cada una de las voces de la edición española del *Diccionario de Eclesiología*, editado originalmente en italiano, y al que referiré más tarde. Su información bibliográfica se prolongaba en el impulso por la adquisición de libros de teología para la Biblioteca Central que, con razón,

puede presumir de un alto nivel de novedades en libros y de recursos bibliográficos y que atrae a jóvenes investigadores de todo el mundo.

La calidad de lo que el profesor Villar publicaba y sus relaciones con ambientes teológicos y ecuménicos hizo que contaran con él diversos organismos de la Iglesia. En 2001 fue nombrado perito de la X Asamblea general ordinaria del sínodo de los obispos sobre el ministerio episcopal, colaborando en Roma con la secretaría general del Sínodo. Fue además delegado de la Conferencia episcopal española para el proceso de la III Asamblea ecuménica europea en Sibiu, Rumanía, en enero de 2006; evocó siempre esta participación como una especial experiencia eclesial. En el año 2012 fue nombrado miembro de la Comisión Teológica Asesora de la Conferencia Episcopal española, y por entonces también consultor de la Comisión episcopal de relaciones interconfesionales, también de la Conferencia Episcopal Española.

Me referiré ahora sucintamente a la investigación de nuestro homenajeado.

La investigación del profesor Villar se movió siempre dentro del campo de la realidad de la Iglesia en sus múltiples facetas. Las principales líneas de su investigación fueron la eclesiología de la Iglesia particular y las diversas formas como se estructura la Iglesia universal; la unidad y la misión de la Iglesia, junto con el diálogo ecuménico; la recepción del concilio

Vaticano II y, finalmente, la teología del laicado y el ministerio en la Iglesia, especialmente el ministerio pastoral de los obispos y de los presbíteros.

Sobre todas esas cuestiones, y sobre otras, José Ramón Villar nos ha dejado diez libros de los que es autor o editor, 105 capítulos en obras colectivas, 111 publicaciones en revistas especializadas, además de numerosas aportaciones a congresos. Junto a esto, en su ordenador, perfectamente organizados, ha dejado el texto de varios manuales (sobre eclesiología, teología de la misión y el sacramento del orden) en avanzado proceso de elaboración.

Entre sus estudios, podemos destacar en primer lugar los dedicados a la colegialidad episcopal, las conferencias episcopales y la sinodalidad en la Iglesia. Siguiendo las líneas establecidas por la Constitución dogmática *Lumen gentium*, abordó siempre la eclesiología de las Iglesias locales (*in quibus et ex quibus inest una et unica Ecclesia catholica*: LG 23, como él solía repetir con frecuencia en clase) en su mutua complementariedad con la Iglesia universal.

En cuanto a la cuestión, hoy candente, de la sinodalidad, Villar fue editor de un cuaderno de *Scripta Theologica* sobre la cuestión, en 2016. La sinodalidad eclesial, afirmaba, se fundamenta en la implicación de pastores y laicos en la Iglesia entendida como comunión. Su ejercicio no se limita por tanto a las formas jurídicamente reguladas, sino que es la forma eclesial

permanente de cooperación de todos en la misión de la Iglesia. «En la actualidad ha dilatado su campo semántico más allá de los pastores para designar una cualidad de la Iglesia que deriva de su naturaleza como comunión»¹. El modo propio de cooperación de los laicos con los pastores es tratar y ordenar según Dios los asuntos temporales. Esta forma de participación no es una posibilidad facultativa para los laicos ni opcional para la Iglesia, pues los fieles laicos ejercen servicios a la comunión, uno de los cuales es la función consultiva. La sinodalidad eclesial, por tanto, se fundamenta en la implicación de pastores y laicos en la Iglesia-comunión: «La sinodalidad *eclesial* designa esta radical cooperación entre fieles y pastores en complementariedad de funciones»².

Villar ve la sinodalidad como una consecuencia inmediata de la eclesiología de comunión del Vaticano II. Esta idea de organicidad, presente ya en san Pablo y en la Escuela de Tubinga que tan bien estudió Villar, se despliega en la «cooperación orgánica» entre el sacerdocio común y el sacerdocio ministerial. «La misión no es, pues –concluye–, titularidad del ministerio, al que “auxilian” los fieles. Son los pastores más bien los auxiliares, los cuales no pueden “prescindir” del servi-

1. “Sinodalidad: Pastores y fieles en comunión operativa”, *Scripta theologica* 48 (2016) 667-685.

2. *Ibid.*, 668.

cio del ministerio»³. Para nuestro teólogo, resulta indispensable comprender bien la vocación y la misión del laico en la Iglesia, para poder así ver en toda su amplitud y profundidad el concepto de sinodalidad en las coordenadas eclesiológicas del concilio. Diferencia así de modo claro los carismas laical y religioso, respectivamente, por el modo distinto de relacionarse con el mundo. En el caso de los laicos, lo que les distingue es no solo la «índole secular» sino también ordenar «el mundo según Dios “desde dentro” de las estructuras terrenas»⁴. En este sentido, reconoce Villar, debe reconocerse la «función consultiva de los fieles laicos» como una participación en el *munus propheticum* de Cristo (cf. LG 35), tal como recordaba el papa Francisco: «una Iglesia sinodal es una Iglesia de la escucha, con la conciencia de que “escuchar es más que oír”. [...] El camino sinodal comienza escuchando al pueblo, [...] prosigue escuchando a los pastores [...] culmina en la escucha del obispo de Roma»⁵.

Por lo que se refiere al Vaticano II, el profesor Villar fue elegido por los Decanos de teología de España, como organizador (con Vicente Vide, de Deusto) del importante congreso al cumplirse 50 años del Vaticano II, que tuvo lugar en la Universidad Pontificia de

3. Ibid., 672.

4. Ibid., 677.

5. *Discurso*, 17 de octubre de 2015.

Salamanca en 2012. Además, culminó una serie de estudios que había llevado a cabo sobre la enseñanza conciliar, especialmente sobre la Iglesia y el ecumenismo, con la edición del fundamental *Diccionario teológico del Concilio Vaticano II*, en el que reunió la aportación de 29 especialistas sobre los principales conceptos de la teología conciliar. Ya se ha hecho referencia anteriormente al *Diccionario de eclesiología* que coordinó y que constituye un trabajo muy mejorado respecto a la edición original italiana por haber introducido con generosidad las aportaciones de sus colegas nacionales. El elenco bibliográfico recogido en esta edición resulta igualmente admirable.

Me referiré finalmente a los estudios sobre el ministerio pastoral y la cooperación orgánica entre pastores y fieles. Para el teólogo navarro-aragonés, el modo de cooperación de los laicos con los pastores se da cuando unos y otros tratan de ordenar a Dios los asuntos temporales, tal como reflejó en numerosos trabajos. Tal colaboración orgánica entre laicos y pastores –como solía repetir– constituye una dimensión esencial de la acción pastoral y misionera de la Iglesia. A esto habría que añadir el carisma de la vida religiosa, al que le dedicó igualmente especial atención, por ser esencial a la vida de la Iglesia.

Repetía además siempre que el sacerdocio ministerial está al servicio del sacerdocio común, y no al revés. Tenía de igual manera un gran interés por la

secularidad y el ministerio sacerdotal y, de hecho, se ocupó –como decíamos– de la atención de sacerdotes diocesanos de todo el mundo, a quienes animó y ayudó en sus estudios, dirigiendo sucesivamente dos residencias sacerdotales. Con muchos de ellos trabó una verdadera y profunda amistad.

Como su curiosidad teológica no conocía límites, siempre lo recuerdo reseñando libros de todos los campos de esta disciplina: desde la liturgia y la exégesis, hasta la doctrina sobre la Trinidad, la cristología y la mariología, sin olvidar los ámbitos ya mencionados. Ello no le impedía tener a mano algunos *Krimis* (novelas de detectives en alemán) con los que descansaba al mismo tiempo que mantenía vivo su conocimiento de la lengua alemana.

Pero para el profesor Villar la principal ocupación fue hacer teología y hacer la facultad: «Una facultad de teología –afirmaba en 2017, al cumplirse cincuenta años del centro– es como una memoria permanente de que todo lo que se aprende en una universidad al final tiene que desembocar en preguntas profundas, del porqué y el para qué de nuestra existencia humana. Yo creo que una Facultad de Teología mantiene la antorcha encendida de que todo aquello que se aprende en las diversas materias, sean científicas, experimentales, humanidades, tiene que desembocar en una pregunta... todo aquello que hacemos por qué y para qué, cuál es el sentido de nuestra vida». Tenía

y sostenía continuamente la seria convicción de que una verdadera universidad está incompleta sin una facultad de teología. Profundo intelectual, pero con amplia apertura a la sociedad, al mismo tiempo que entrañablemente familiar.

Con la desaparición tan temprana de José Ramón Villar, la Facultad de Teología se ha visto privada de un pilar firme, de un trabajador incansable y de un teólogo de raza. Su obra permanece y estoy seguro de que seguirá siendo fuente de conocimiento y de cultivo amoroso de la teología. Pero, sobre todo, su llamada a la casa del Padre le permite ahora a José Ramón experimentar de una manera única la realidad de la *communio sanctorum* que es la Iglesia.

